

**La memoria compartida:
recuerdo y olvido en *Mi abuelo de Akkar* (2010) de Antonio Abdo**

Diego R. Batista
Weber State University
USA

Dime que olvidas, te diré quién eres
Marc Augé

Durante una de las escenas fundamentales de la película *La estrategia de caracol* (1993) dirigida por el colombiano Sergio Cabrera, dos de los personajes principales, Don Justo y el Doctor Romero, entablan la siguiente conversación.

Romero: ¿No lo sabía, Justo?

Justo: Dejé de enterarme de lo que pasaba el día en que usted perdió la memoria.

Romero: ¿Usted se acuerda qué día fue ese?

Justo: No exactamente...

Romero: ¡Entonces no me joda Justo! La memoria es asunto de cada uno.

El concepto de memoria, como el Doctor Romero tan sutilmente expresa en esta conversación, es una noción difícil de precisar ya que es primero susceptible y, segundo, está fuertemente ligada al individuo que la “posee”. Por lo tanto, no sólo es intangible por naturaleza, sino que además es inconstante y fluida. Sin embargo, el estudio de la memoria no será el enfoque principal de este trabajo, más bien apuntaremos a la recuperación de la *memoria ajena* puesto que ésta pasa por un proceso de realización aún más complicado y variable que la memoria misma. De hecho, se podría argüir que la memoria como tal no existe, que solamente son válidos aquellos eventos o episodios del recuerdo que una persona recupera y reconstruye de forma consciente. En *Mi abuelo de Akkar* (2010), el poeta canario-libanés Antonio Abdo Pérez¹ no sólo ansía recuperar episodios específicos de su infancia, sino que

¹ Escritor y actor nacido en Tenerife, Islas Canarias, de padre libanés y madre española, Abdo estudió Derecho en la Universidad de La Laguna. Entre 1961 y 1968 es locutor en Radio Juventud de Canarias. En 1976 crea, con Alberto Omar, Agustín León y Pilar Rey, la colección Taiga de poesía. En 1978 crea el premio Coplas Canarias, de la Alhóndiga de Tacoronte. Desde 1981 dirige, con Pilar Rey, la Escuela Municipal de Teatro de Santa Cruz de La Palma. Es autor de la pieza teatral *El violoncelo* (1977), premio Francisco Martínez Viera. Además de varios trabajos de investigación y artículos sobre temas teatrales,

conjuntamente se aventura a recuperar la memoria de otra persona, en este caso de su abuelo, a través de una serie de anécdotas que éste le contó de niño. De esta forma, el recuento de dichos episodios sirve para recuperar y reconstruir una memoria compartida, es decir, una memoria que se reconstruirá a través de dos generaciones diferentes. Dicha memoria, además, avanzará de forma circular tanto para honrar a los abuelos fallecidos como para realzar las palabras del poeta. En este trabajo trataremos de puntualizar que la importancia de *Mi abuelo de Akkar* no reside únicamente en rescatar ese pasado perdido, sino en consolidar, a la misma vez, la única herencia posible, es decir en reafirmar la obra del autor.

El concepto de *recuerdo de recuerdos* es lo que, sin duda, germina en lo que se ha llamado literatura de la memoria, una literatura que “da cabida a todos los marginados y derrotados, a todos aquellos a los que se intentó un día expulsar de la historia” (Sánchez Zapatero 29). Dentro de esta literatura de la memoria surge la obra del poeta Antonio Abdo Pérez ya que actúa para darle voz a los inmigrantes libaneses que, hasta ahora, han pasado desapercibidos en la literatura española. El poemario *Mi abuelo de Akkar* (2010) propone una lectura del mismo como autobiografía del “otro”. Es decir, a través de los recuerdos personales y las vivencias de su abuelo comunicadas de forma oral, Abdo crea una visión nostálgica de su abuelo, de Tacoronte y del Líbano. Observamos de esta manera una transformación de la narración del registro oral a otro registro, en este caso, la escritura. Para Gonzalo Navajas, la estética posmodernista crea una relación con el pasado histórico “de modo subjetivo filtrando la objetividad de la reflexión histórica a través de la mirada personal de un observador que altera su conexión con ese pasado por medio de la transfiguración de sus procesos mentales personales” (28). No obstante, la obra de Antonio Abdo va más allá de la simple observación y la consecuente transfiguración de sus recuerdos ya que además realiza dicha transformación en los recuerdos de su abuelo. Según Darío Betancourt Echeverry “nuestra memoria se ayuda de otras, pero no es suficiente que ellas nos aporten testimonios” (126). Por lo tanto, Antonio Abdo echa mano del “otro” para crear toda una serie de estampas cargadas de recuerdos donde el poeta mismo, a diferencia de la

aparecidos en la prensa y revistas insulares y peninsulares, ha publicado los poemarios *El silencio me estremece* (1976), *Con el sol en las raíces* (1978), *Piel de gato* (1994), *Playas* (2007), *Mi abuelo de Akkar* (2010), *Puzzle* (2011), *Aldabas* (2015) y *Poema a Pilar* (2017).

figura de su abuelo, aparece primeramente como personaje secundario para más tarde definir su lugar como creador y máximo partícipe de esos recuerdos. Según las ideas del pensador francés Jean Baudrillard, este procedimiento correspondería al tipo de simulacro donde la representación copia e iguala aquello que se copia o que, incluso, sustituye el original. Es decir que “estos modelos que suplantán la realidad no son en sí la realidad misma sino una construcción que responde al deseo de lo que se quiere que sea la realidad” (Lane 101, cit. en *Voces Silenciadas* 33). A través de este mecanismo Abdo logra presentar una biografía primeramente *prestada*, y más tarde *compartida* (ligeramente diferente a la memoria colectiva), un relato pluralizado que combina dos voces; por un lado, la del abuelo ausente, y por otro la del nieto que reconstruye las historias que le han sido contadas durante su infancia para terminar “co-apropiándose” de ellas.

De esta manera, surge la doble recuperación (o reconstrucción) de la memoria, primero la del abuelo que escoge los eventos y recuerdos más significativos al contar su historia de forma oral, y segundo, la del nieto que reconstruye los relatos cincuenta años más tarde a través de su propia memoria selectiva. El narrador relata episodios de su vida al entrevistador y éste a su vez se convierte en un nuevo narrador para el abuelo. Aunque Mijaíl Bajtín se refería a la novela moderna al decir que “se alcanza un dialogismo y una polifonía, es decir, una multiplicidad de voces y valores que dialogan dentro de un mismo texto” (Martín Galván 34), la misma idea se podría aplicar a la obra de Abdo. En el prólogo a su poemario, la voz poética confiesa que le cuenta a su abuelo las cosas que éste le contó durante su convivencia para refrescar su memoria (14). Así, estos episodios que surgen a partir de la relación abuelo=nieto tratan de recuperar eventos del pasado de ambos sujetos, pero cumplen además un segundo propósito. A falta de tener hijos propios, los poemas de Abdo no afirman la relación padre=hijo, es decir no se construyen como puente entre el poeta y la siguiente generación, sino que regresan al pasado con una mirada nostálgica para fortalecer o recuperar esa conexión o relación familiar que tal vez no exista en una futura generación. De esta manera, los poemas se convierten en narraciones circulares, narraciones que no sólo regresan al pasado histórico, sino que simbólicamente le son devueltas al narrador original y en última instancia al poeta.

Estas anécdotas sirven al mismo tiempo como herramientas para que su abuelo en-

cuentre tanto el Akkar de su infancia como el Santo Domingo de su juventud, dos lugares que solo existen en el recuerdo, que vuelven a hacerse reales a través de la recuperación de la memoria, a través de los olores, los sabores y los sonidos de aquel pequeño pueblo libanés y el gran paisaje caribeño de la Martinica. De la misma manera, Abdo intenta recuperar el Tacoronte de su infancia. Un Tacoronte de recuerdos familiares, de descubrimientos gastronómicos y de momentos irrepetibles. Se produce por tanto un paralelismo inevitable. Si para Maurice Halbwachs, la memoria es una manifestación interna que adoptamos a través de la interacción social pero sólo cuando el sujeto recoja, aunque sea brevemente, la manera de pensar de un determinado grupo (38), la obra de Abdo lleva a cabo este proceso, pero al concentrarse en la imitación de los recuerdos de un solo individuo, es decir, los de su abuelo. Si, por un lado, el abuelo reconstruye sus recuerdos en un intento por recuperar el Akkar y el Santo Domingo de su memoria, Abdo hace lo mismo pero con el Tacoronte de los años 40. Tacoronte, Santo Domingo y Akkar se convierten de esta manera en un solo punto geográfico de la misma forma que las palabras de Abdo y las de su abuelo se combinan en estas narraciones para crear una sola voz poética, ya que como bien dice el poeta en el prólogo a su poemario, “estas palabras y estos poemas son nuestros” (15).

El poemario está formado por catorce poemas con la siguiente estructura: los cuatro primeros ocurren en Santo Domingo, los dos siguientes de vuelta en el Líbano durante el nacimiento de ‘Miguel’ Abdo, el padre del poeta, y la Guerra del Catorce; el poema subsiguiente narra las vicisitudes de la familia Abdo en Sierra Leona para escapar de la guerra; a continuación, cinco poemas en Canarias, concretamente en Tacoronte, y los dos últimos poemas que sirven como conclusión. En ellos, la voz poética confirma el amor del abuelo por la tierra dominicana así como la trascendental conexión entre las narraciones del abuelo y las palabras del poeta. A lo largo del poemario, aparecen una serie de elementos fundamentales en la recuperación de la memoria. Los más significativos son: la geografía de Akkar y Santo Domingo en relación con Tacoronte, la presencia de una religión simbiótica como metáfora de la mezcla de culturas árabe y cristiana, los recuerdos sensoriales, sobre todo en lo que respecta a los olores y sabores de la gastronomía libanesa, y los silencios y la soledad como mecanismos para la recreación de los recuerdos narrados y para solidificar la conexión entre las dos voces que aparecen en los poemas.

Aunque Akkar y Santo Domingo aparezcan a primera vista como los puntos geográficos de mayor importancia en la obra, veremos cómo poco a poco Abdo subvierte esta impresión inicial. Si para Walter Benjamin, Berlín era un desván de recuerdos, el *Tacoronte vivido* de Antonio Abdo es el punto geográfico que más se verá afectado por la reconstrucción del pasado, es decir de la construcción del recuerdo elaborado desde el presente. Por tanto, las narraciones del abuelo que hacen referencia a Akkar y a Santo Domingo sirven ante todo para preparar el camino hacia Tacoronte. La voz poética rememora primero las vivencias del abuelo en Santo Domingo mientras éste sueña con el Líbano, “Lejos de ti el Mediterráneo,/ niños aún tus ojos/ para tanto azul, tanto Caribe/ y tanto abismo bajo el nuevo firmamento.” “Piensas en tu Akkar, inalcanzable,/ lejos de la ceniza y las escorias,/ diáfana en el recuerdo” (II 3-6, 15-17) “y enciende la nostalgia/ de las frondas de Akkar y su frescura” (VIII 17-18). Más adelante, una vez lejos de Santo Domingo, el abuelo recuerda el Caribe de su juventud, “Soñaste una ciudad para la vida/ y el sueño te llevó a Santo Domingo./ Ya para siempre fue tu referente/ la capital dominicana,/ tuya, sin remedio,/ en la vida y en la muerte”. Y poco antes de su fallecimiento “fue tu ansiado retorno a aquel Caribe, / cálido ayer, en el aire y en tu sangre.” (XIV 1-6, 11-12) De esta manera, Abdo crea un puente geográfico entre los recuerdos de su abuelo y los de su propia infancia, “Así aprendí a amar a aquel país lejano,/ que en nuestra mesa nos daba su fragancia” (X 13-14). Abdo echa mano a esos recuerdos compartidos para volver a ser “niño y recorrer de la mano de su abuelo las calles del Tacoronte de la posguerra, camino de la barbería de Pancho –llena de pájaros y de nostalgias– y, a la vuelta, tal vez, sentir el olor a gofio cuando pase frente al molino de Jerónimo Miranda” (Mora Morales).

El componente religioso surge en *Mi abuelo de Akkar* como la fusión entre la religión musulmana y el cristianismo. Este sincretismo religioso actúa como metáfora para intensificar la unión entre el poeta y su abuelo. Por un lado, la voz poética identifica elementos característicos del cristianismo al hacer referencia, por ejemplo, a lo milagroso del nacimiento del hijo en el Líbano (V), incluyendo el testimonio de una anciana que aseguraba que los apóstoles Pedro y Pablo le habían anunciado el inminente parto de Kathryn, la abuela del poeta, mientras iba de camino. También surgen otras referencias bíblicas en *Mi abuelo de Akkar*, como la asombrosa multiplicación del azúcar, la harina, el búrgol, y el acei-

te (VI) durante la época de hambre que ocasionó la Guerra del Catorce, la sanación física de la abuela (XI) a través de la fe de un niño, así como una mención especial a la celeberrima manzana de Adán y Eva en la que “en ella gustara de todos los placeres/ prohibidos por Dios y encendiera su ira/ que condenaba justa al bíblico destierro.” (XII 16-18). Éstas, y otras referencias a la iconografía cristiana, sintetizan la condición de un pueblo rural español como Tacoronte, donde la iglesia católica todavía tenía una gran influencia sobre el ámbito social y político de la región. Por otro lado, para consumir esta simbiosis religiosa, Abdo hace referencia a aspectos de la cultura musulmana, como la lengua árabe que escuchaba en casa de los abuelos y que para él, era “música sagrada” que arrullaba su “presueño infantil” (XI 7-8), y por supuesto, la mención del sagrado nombre de *Allah* que sirve para que el abuelo recupere la esperanza durante la terrible erupción del Monte Peleé en la Martinica en 1902 (II). A través de estas y otras imágenes, como lectores dejamos de escuchar dos narraciones distintas, o enfrentadas, en los poemas y comenzamos a distinguir la fusión de dos voces independientes convirtiéndose en una sola.

La poesía sensorial, o lo que Loretta Fratale llama la memoria de los objetos, es decir, el recrear un recuerdo a través de uno de los sentidos menores: el gusto, el oído, o el tacto, cobra gran importancia en los poemas de *Mi abuelo de Akkar*. Abdo logra recrear los recuerdos de su niñez a través de los olores y sabores de la comida libanesa. El poeta hace alusión a “la pequeñez mínima del sésamo,/ la fragancia del tabbule, del arac,/ del hammas, del babaganush,/ el suave terciopelo del laven,/ la rotunda sobriedad del kebbi naya” (IV 2-6), a los que la voz poética hace mención dirigiéndose al abuelo con el verso “Guardabas, para tu nostalgia” (IV 1). Pero al mismo tiempo, el poeta asocia la nostalgia de su abuelo con la suya al aseverar que “venías, al borde de la carretera,/ con tu promesa de sabores inusitados/ bajo la abultada chaqueta,/ que se esfumaba/ cuando a mis ojos, extendías en la cocina,/ el fresco y oloroso producto del mercado” (X 5-10). Los olores y sabores del Líbano se transforman en los olores y sabores de Tacoronte. Los primeros no pueden existir sin los últimos. De esta manera, Abdo se apodera de los recuerdos del abuelo intensificando así la relación entre ambos. “La obra del poeta Jorge Teillier -el fundador de la tendencia conocida como poesía lárca, giro que denomina un tipo de escritura que pone énfasis al recuerdo del ‘paraíso perdido’ de la edad primigenia, en la tierra ancestral, [...] hace

alusión constante al terruño, a la infancia, al hogar y al paisaje rural, pero como el lugar idílico al que volveremos, de allí su particular nostalgia, la nostalgia del futuro.” (Vásquez Rocca) Si para el abuelo es físicamente imposible volver a la tierra ancestral, para Abdo el regreso al hogar o lugar idílico sólo es posible a través de la recuperación de los recuerdos de infancia, recuerdos que incluyen la figura de su abuelo. De esta forma, ambos personajes son capaces de regresar simbólicamente al paraíso perdido.

El silencio y la soledad también cumplen una función importante en los poemas de *Mi abuelo de Akkar*. Se menciona al menos uno de estos dos términos doce veces a lo largo del poemario. En todos los casos, salvo uno que mencionaremos más adelante, tanto el silencio como la soledad se refieren a la experiencia nostálgica del abuelo en relación a la pérdida de su país natal, o a la comprensión de que no se podrán recuperar ni el tiempo pasado ni los momentos ya vividos: “Y volviste los ojos hacia nadie/ solo tú ya en la noche y tu tristeza” (I 17-18), “en la alargada sombra silenciosa” (II 9), “Solo en tu desesperación/ en tu cósmico desierto,/ en tu abismo silencioso” (III 2-4), “silencio sacrosanto” (V 21), “y los silencios se llenaban luego/ de amor y de justicia” (VI 14-15), “Te reconozco en tu silencio” (IX 1), “Lejos de tus hijos, la presencia de la esposa/ mitigó tu soledad” (XV 1-2). Sin embargo, el último caso hace referencia a un silencio y a una soledad compartidos. De nuevo, percibimos la intención de la voz poética de unificar dos experiencias distintas como una sola: “[...] El nieto y tú solos” “Solos nieto y abuelo. Y el silencio” (XIII 2, 17). Como Marc Augé menciona en su obra *El tiempo en ruinas*, “pensar la vida en pasado, en presente o en futuro es pensarla con el irrealizable deseo de recobrar, de tener o de inaugurar el tiempo. El viaje más trivial participa de esta ilusión por lo mismo que se propone a un tiempo como proyecto, paréntesis y recuerdo” (80). La soledad y el silencio son hasta cierto punto las herramientas que Abdo utiliza para realizar ese viaje al pasado y recuperar el tiempo vivido junto a su abuelo. Primero, sirven para intensificar el dolor de la tierra y los seres queridos que ya se han perdido, y segundo consagran el vínculo inquebrantable que poseen aquellos que han vivido, sufrido y perdido juntamente.

Finalmente, en el poema número ocho del libro la voz poética describe el retrato en blanco y negro que un fotógrafo le hizo a su abuelo cuando éste acababa de cumplir los 28 años. “Y te imagino en pie, parado/ en esa tensa espera del disparo/ que congeló tu tiem-

po...” (21-23). Si por un lado el retrato sirve, figurativamente hablando, para congelar el tiempo, la palabra del poeta se emplea para congelar la memoria de los abuelos. Según la voz poética en el último poema del libro, el nieto fue “[...] la razón para permanecer” (XV 7) “Y es su voluntad que en la palabra” (en este caso la voluntad de la palabra del poeta) “se reafirme vuestra sombra unánime” (XV 14-15). La unanimidad de los abuelos, aunada a la voluntad de la voz poética crean una sola entidad. De esta manera, el poeta, es decir el nieto que hasta ahora había aparecido como mero personaje secundario, cobra finalmente tanta importancia como su abuelo. Es decir que abuelo y nieto se convierten al final del libro en un solo organismo mediante la recuperación de la memoria, tanto propia como ajena, gracias en parte a la recuperación de la geografía, la iconografía religiosa, los olores, los sabores, el silencio y la soledad, pero llevada a cabo en última instancia por el poder de la palabra.

© Diego R. Batista

Obras Citadas

Abdo, Antonio. *Mi abuelo de Akkar*. Editorial Amazonas, 2010.

Augé, Marc. *El tiempo en ruinas*. Gedisa, 2003.

Betancourt Echeverry, Darío. “Memoria individual, memoria colectiva y memoria histórica. Losecreto y lo escondido en la narración y el recuerdo”. *La práctica investigativa en ciencias sociales*, compilado por Absalón Jiménez Becerra y Alfonso Torres Carrillo, Universidad Pedagógica Nacional, 2006, pp. 124-134.

Halbwachs, Maurice. *On Collective Memory*. Edited and Translated by Lewis A. Coser. U. of Chicago P, 1992.

La estrategia del caracol. Directed by Sergio Cabrera. Performances by Fausto Cabrera, Frank Rodríguez, Delfina Guido, Vickie Hernández and Humberto Dorado. Cinemussy, 1993.

Martín Galván, Juan Carlos. *Voces silenciadas: la memoria histórica en el realismo documental de la narrativa española del siglo XXI*. Ediciones Libertarias, 2009.

Mínguez Arraz, Norberto. “Historia y memoria en el documental español contemporáneo”. *Revista de Occidente*, no. 302-303, 2006. pp. 80-99.

Molinero, Carme. “¿Memoria de la represión o memoria del franquismo?”. *Memoria de la guerra y del franquismo*, editado por Santos Juliá Díaz, Taurus Ediciones, 2006, pp. 219-246.

Molloy, Sylvia. “Recuerdo, historia, ficción”. *La historia en la literatura iberoamericana. Memorias del XXVI Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*, editado por Mora Morales, Manuel. “Mi abuelo de Akkar” de Antonio Abdo. *Manuel Mora Morales*, manuelmoramorales.wordpress.com/2010/05/08/%E2%80%9Cmi-abuelo-de-akkar%E2%80%9D-de-antonio-abdo-mas-alla-del-bien-y-del-mar/ Accedido 8 de octubre de 2018.

Navajas, Gonzalo. *Más allá de la postmodernidad*. EUB, 1996.

Raquel Chang-Rodríguez y Gabriella de Beer, The City College of the City of New York, 1984, pp. 253-58.

Sánchez Zapatero, Javier. “La cultura de la memoria”. *Pliegos de Yuste*, no. 11-12, 2010. pp. 25-30.

Vásquez Rocca, Adolfo. “Para hablar con los muertos. Poética de la memoria: Trakl, Heidegger,

Teillier”. *Diseño urbano y paisaje*, vol. 3, no. 9, 2006.